

VIDA DE SANTA AUGUSTA



PATRONA DE SERRAVALLE
VITTORIO VENETO

Spagnolo

Diseño de la cubierta:

Santa Augusta, Lit. Longo (part.) 1841

Diseño de la cubierta posterior:

Santuario de Santa Augusta, capilla de la Santa.

Sarcófago de piedra en que se preservaron, durante siglos, las reliquias de Santa Augusta (part.).

**VIDA DE
SANTA AUGUSTA
PATRONA DE SERRAVALLE
VITTORIO VENETO**

**Texto de
Rino Bechevolo**

**Imágenes de
Piero Zaros**

Impreso y encuadernado por
Pietro Paolo Carrer

Indice

Prólogo	7
En el Monte Marcantone	9
El nacimiento de Augusta	11
Augusta recibe el Bautismo	13
Los panes se convierten en flores	15
Las sospechas del rey Matrullo	18
El martirio	21
Tragedia de un padre	25
La gloria de Augusta	27
Valor de una leyenda	29
Oración a Santa Augusta	32

Prólogo

Me complace presentar esta breve biografía de Santa Augusta, la cual ha sido escrita con un estilo y atención diligente por Monseñor Rino Bechevolo, para la cual ha recopilado noticias, tradiciones y leyendas que acompañan desde hace siglos la devoción y el culto a la patrona de Serravalle.

La corta vida de Santa Augusta, vivida a la luz de la fe, los sentimientos puros y amor desinteresado hacia los demás sigue ejerciendo una fascinación extraordinaria en los que conocen su historia o suben a venerarla al santuario que alberga sus reliquias.

Desde su nacimiento hasta su martirio su testimonio de amor y fidelidad a Cristo fue un mensaje de especial relevancia cuando se realizó el Gran Jubileo del año 2000, que nos invitó a renovarnos espiritualmente y vivir con más arrojo las enseñanzas evangélicas.

Desde aquí quiero agradecer a monseñor Rino Bechevolo que nos haya presentado con tanta eficacia la noble figura de San Augusta y espero que sean muchos los que quieren conocerla e imitarla.

Vittorio Veneto, 27 de marzo de 2000

+Alfredo Magarotto
Obispo

EN EL MONTE MARCANTONE

La gente prefiere llamarlo el Monte de Santa Augusta porque subiendo a lo largo de la ladera, a mitad del ascenso, en un cortado en el oeste, se encuentra la iglesia dedicada a la joven virgen que fue martirizada por aquí cerca de dieciséis siglos atrás.

Los que viven en Serravalle son muy devotos de Santa Augusta y siempre la veneran como su patrona en todos los acontecimientos felices y tristes de su historia.

La corta vida de San Augusta se llevó a cabo precisamente en la montaña Marcantone, en época muy remota, cuando el Imperio Romano entraba en decadencia y las poblaciones del norte de Europa y de las estepas de Asia, comenzaron su movimiento migratorio hacia las regiones mediterráneas más hospitalarias y fértiles.

En el 402 de nuestra era, el rey visigodo Alarico I invadió Italia con la intención de ocupar Roma y el 24 de agosto del 410 finalmente lo consigue.

Pero antes de todo esto pasó lo que el mundo de ese tiempo nunca habría esperado: un pueblo germano, al mando de Alarico I invadió la región veneta y conquistó Ceneda.

La tradición dice que con esta situación, Alarico I estableció en la fortaleza del valle de Serravalle una guarnición al mando de uno de sus mejores capitanes llamado Matrucco.

Así Alarico garantizó, en caso de retirada, una ruta de escape a lo largo de los Alpes.

Grabado de aguafuerte extracto de la obra de G. Braun, F. Hogenberg; Civitates Orbis Terrarum. Coloniae Agrippinae, , 1572, in fol. (part.)

Los historiadores aseguran que ya los romanos - probablemente por Julio César entre el año 59 y el año 48 a. C. - habían construido fortificaciones debido a su importancia estratégica, en el paso de montaña, las cuales se llamarían Serravalle.

Con el transcurso de los siglos cerca de los muros de defensa se construyeron casas para acoger a un pequeño número de habitantes.

Los historiadores creen, con razón, que aquí el Evangelio llegó muy pronto debido a algunos misioneros, o a la actividad realizada por la organizada comunidad cristiana que residía en Aquilea.

Matrucco, después de ocupar Serravalle, se instaló en una fortaleza, que tal vez él mismo había mandado construir, sobre un cortado del monte Marcantone.

El rudo soldado tenía en la sangre las tradiciones de su pueblo por lo tanto adoraba al dios Odín y persiguió a los cristianos.

Ávido de poder y riqueza no tardó en extender su dominio sobre una vasta área que cubre, prácticamente, toda la franja a los pies de las montañas venetas y también parte de lo que hoy es la región de Friuli.

Un territorio, entonces, que Matrucco, procedente de las brumosas regiones del norte, subyugó.

Finalmente, alcanzados todos sus planes y convencido de haberse convertido en un personaje muy poderoso, con muchos subordinados, asumió el título de "rey".

Esto es lo que se transmite de la antigua leyenda.

EL NACIMIENTO DE AUGUSTA

Desde su fortaleza en el monte Marcantone, Matrucco fué un déspota en su forma de gobierno, de forma pararela, con su joven esposa, la cual le había seguido en su campaña de Italia, tuvo una vida feliz.

Era el año 410 AD.

Un día, entre los muros del castillo, se filtró una buena noticia: la esposa del rey estaba esperando un hijo.

La felicidad de Matrucco no duró mucho: pronto se convirtió en temor. Su joven mujer no estaba bien y se anunció un nacimiento difícil.

Cuenta la leyenda que Matrucco, desesperado, fue ayudado por un amigo – cuyo nombre no se conoce - su leal subordinado, que vivía cerca en una fortaleza situada en las alturas de Piai, cerca de Fregona.

Llevada a este hogar hospitalario, la buena esposa del rey no carecía de alguna cosa que pudiera desear en aquellos tiempos difíciles, y pudo incluso experimentar la atención y afectos de la gobernanta Cita.

De hecho, entre las dos mujeres nació un vínculo de verdadera amistad, tanto es así que, presagiando su cercano fin, la joven madre encomendó la criatura que iba a dar a luz a su amiga fiel Cita.

Estas son las circunstancias en las que dio a luz Augusta. Su madre apenas tuvo tiempo para contemplar el rostro de su hija, entonces con un último destello de amor y sufrimiento indecible sus ojos se apagaron para siempre.

Así dice la leyenda.

Incluso hoy en día la buena gente de de Piai mira a la colina desde la que se divisa pueblo y, sobre ella, las ruinas del

castillo, con un corazón lleno de ternura, pensando sobre la muerte de la madre de Santa Augusta.

Matrucco, para aliviar el dolor que la pérdida de la mujer le había dado, dio a su bebé todo el amor que pudo reunir.

La llamó Augusta como un presagio de futuro maravilloso y la cedió al amor de Cita.

La buena mujer de Piai se trasladó al castillo de su amo en Serravalle y se convirtió en una segunda madre para la pequeña Augusta que creció a su lado como un ángel.

Matrucco trató de educar la niña de acuerdo a las costumbres y tradiciones del pueblo al que pertenecía.

Sin embargo ella, criada por la buena ama de cría, pronto percibió la falsedad de la religión que su padre y los cortesanos, que veneraban a Odín y otros dioses paganos.

Por lo tanto, según iba creciendo, su interés se volvió cada vez más hacia la nueva religión de la que Cita le iba hablando, sabiendo que muchos ciudadanos de Serravalle la rendían culto en secreto, desafiando la persecución del rey, su padre.

AUGUSTA RECIBE EL BAUTISMO

La leyenda cuenta que en aquellos tiempos, por encima de la montaña Marcantone, en una cueva profunda excavada en la roca, vivía un viejo ermitaño totalmente dedicado a la oración y la penitencia.

Cita y los ciudadanos de Serravalle cristianos se dirigían a él en secreto para oírle hablar del Señor, para rezar juntos y para consejo.

Un día Cita llevó en secreto a Augusta para visitar al santo anciano.

El, por supuesto, instó a la niña a amar al Señor y a practicar las virtudes cristianas con valor.

Siguieron otras visitas al ermitaño que con sus enseñanzas fue preparando a Augusta para recibir el bautismo y abrazar el cristianismo para siempre.

Nadie se dio cuenta, nadie hubiera sospechado, ni mucho menos su padre, pero en secreto Augusta reflexionó sobre la decisión que marcaría su vida para siempre.

Por esta misma razón Augusta se sacrificaba y oraba intensamente confiando en Dios.

Y llegó el gran día cuando el santo ermitaño la bautizó con el agua regeneradora de Gracia. Cita asistió a su lado, con una alegría fuera de sí; había alcanzado el objetivo principal de la misión que el Señor le había confiado.

Ya cristiana, Augusta alternaba oración y caridad; a menudo, de hecho, descendía de su castillo y entraba en secreto en las casas de los cristianos perseguidos por su padre, para ayudarles en sus necesidades, así como Jesús enseña en el Evangelio (Mateo 25, 34-46).

Augusta iba no sólo a los hogares, sino también al corazón de la gente pobre; participó en reuniones de oración que los cristianos de Serravalle realizaban en sitios secretos.

LOS PANES SE CONVIERTEN EN FLORES

La leyenda en este punto nos narra un episodio que desde luego tenemos que destacar.

Augusta recogía el pan sobrante en la mesa de su padre - en especial en las fiestas y banquetes - para dárselo a los pobres. Un día, atenta y solícita - porque los pobres con hambre no pueden esperar - interrumpe sus quehaceres y llena el delantal de pan.

A continuación, comienza a recorrer el camino empinado que entre las laderas conduce a Serravalle.

Pero de repente, a medio camino, se enfrenta con su padre, hosco y gruñón como de costumbre, que va a caballo, con su escolta, al castillo.

La actitud de la hija le hace sospechar.

"¿Qué tienes, Augusta, en ese delantal?"

Ella, muy tranquila, respondió:

"Flores del campo, señor."

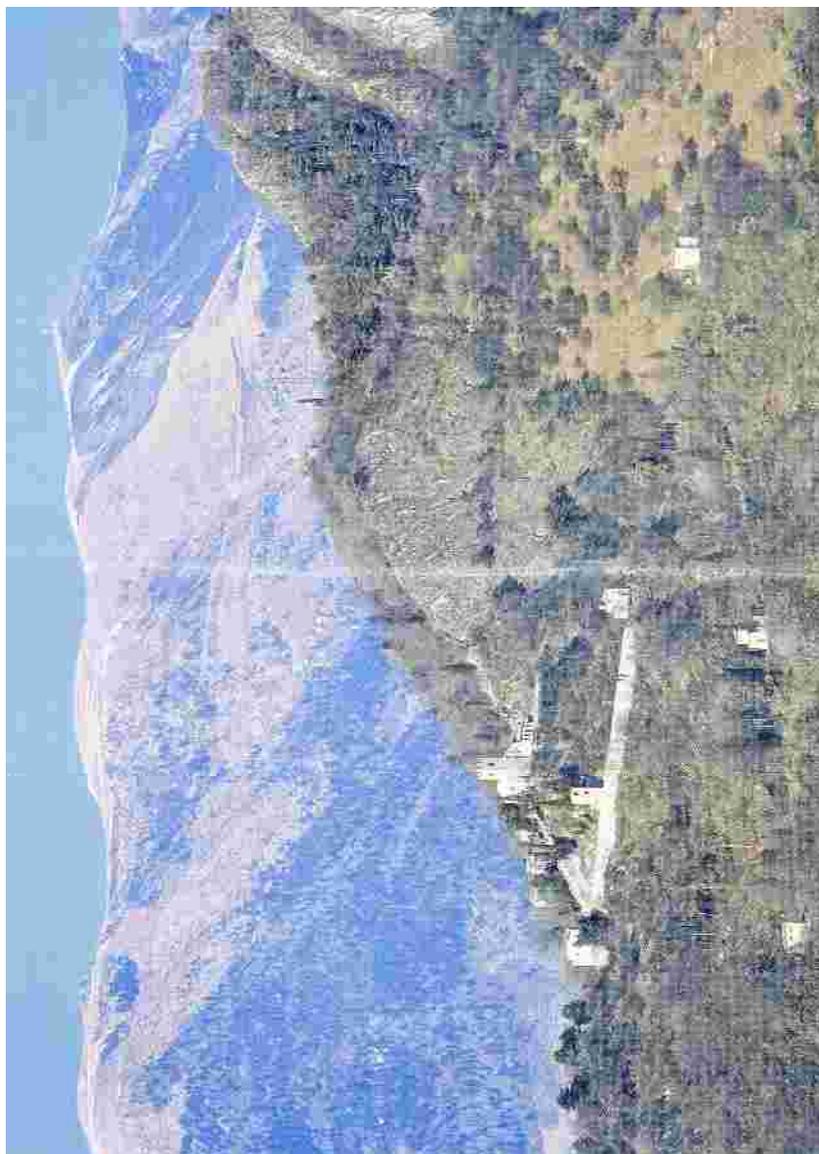
¿No es una flor, a los ojos de Dios, la caridad hacia los pobres?

Matrucco incrédulo quiere asegurarse: abre con la espada desde lo alto de su montura el delantal de su hija, y ... ve las flores silvestres. La princesa humildemente se sorprendió: simplemente se convirtieron en flores silvestres esos pedazos de pan que escondía con tanto amor en el delantal.

Incluso ahora, después de tantos siglos, en medio de la cuesta que lleva al santuario, se ve en el empedrado una piedra grande, brillante y desgastada en parte.

Sería el lugar donde, según la leyenda, ocurrió el acontecimiento que hemos dicho.

Por esto los peregrinos suelen detenerse un rato aquí, para tocar la piedra. Al lado del camino se construyó una ermita en la que una pintura al fresco evoca la escena de Augusta con su padre.



LAS SOSPECHAS DEL REY MATRUCCO

Esto nos lleva al final trágico de la vida de Augusta, o más bien, al triunfo de su fe y su pureza sobre los peligros y la brutalidad de este pobre mundo.

Matrucco no estaba en absoluto satisfecho con el comportamiento de su hija: no practicaba el culto a los dioses, celebrado con todo honor por su tribu, se alejaba de fiestas mundanas que se celebraron en el palacio y, especialmente, negó obstinadamente toda oferta de matrimonio que podía asegurar incluso el prestigio de la riqueza y un trono real.

¿Cómo explicar su retiro y humildad, inapropiada para su clase social, y sobre todo la atención que mostraba a la multitud y a los marginados que su padre aborrecía y rechazaba con desprecio? Y además, ¿Dónde se iba cuando salía en secreto del castillo?

A partir de esta última pregunta, una pregunta surgía en Matrucco, que no le permitía descansar en paz; ¿Tal vez la nueva y tan odiada religión de los cristianos había ganado el corazón de su hija?

No quería creerlo, pero había que cerciorarse de esto, investigar.

Impaciente, Matrucco manda llamar a uno de sus criados más astutos y le ordenó vigilar a Augusta y, a continuación, informarle de todo.

El criado, halagado de recibir la tarea y deseoso de obtener la confianza de su señor, desde ese momento no se aleja de la buena princesa, la cual no sospechaba nada.

En la página anterior; vista panorámica: en segundo plano el Col Visentin (m 1763); en el centro la montaña Marcantone (m 432); abajo el Santuario de Santa Augusta con las capillas.

Unos días más tarde, saliendo del castillo, Augusta comenzó a descender con seguridad a Serravalle. El criado la siguió llevando a cabo su tarea, sin ser visto, veloz como un espía.

Cuando llegó a la aldea del valle, Augusta entró en una casa aislada, donde los cristianos se reunían para orar y asistir a los servicios religiosos. Aquí se arrodilló ante el altar del Dios verdadero, expresando sus sentimientos de fe y amor.

El siervo de Matrucco, entró a escondidas en el mismo lugar, fue testigo, a una distancia segura, de la escena y no tuvo ninguna duda: Augusta era cristiana.

Sin esperar un segundo más de lo necesario, acabado su trabajo, subió corriendo la empinada cuesta hacia el Marcantone, deseoso de informar de todo a su amo.

El informe del siervo marcó el inicio del martirio de Augusta.

Describir la ira, o más bien, la turbación psíquica de Matrucco frente a una realidad tan temida y tan dura - la hija amada es cristiana - es imposible: sólo es posible imaginarla de cierta manera.

El inmenso orgullo, que por su educación natural marcaba su carácter, prevaleció frente al instinto paternal, todo fue posible, hasta las más crueles e impensables consecuencias.

El inmenso amor convertido en odio implacable. Augusta, de vuelta al palacio, fue llevada ante su padre.

El – era muy astuto y podía fingir sin problema - dulce y halagador trató de hacer entrar a su hija en razón – o por lo menos así cría él – para poner fin a sus oraciones cristianas.

Augusta se parecía al padre, aunque sólo fuera por la fuerza de carácter y la claridad de ideas. Se mostró inflexible.

Inequívocamente se declaró cristiana y dispuesta a morir antes que negar su fe.

Matrucco tuvo que asumir su primera derrota.

Después de dar rienda suelta a la ira con una letanía de insultos y amenazas, ordenó a los guardias que encerraran a Augusta en la cárcel.



Santuario de Santa Augusta. Logia enfrente del antiguo ingreso al santuario, erigida en ocasión de las obras de ampliación (1450 – 1452).

EL MARTIRIO

La tradición dice que Cita, la fiel gobernanta, desesperada por lo que estaba pasando, trató de estar lo más cercana posible a Augusta, confortándola y animándola.

Al día siguiente Matrucco volvió a interrogar a su hija que, aunque fuera tan joven, en absoluto estuvo intimidada y una vez más se opuso claramente a las pretensiones de su padre.

Entonces él decidió recurrir a la tortura.

La historia del martirio infligido a Augusta por su padre parecería increíble si las crónicas del mal no nos hablaran de muchos incidentes similares de crueldad inhumana.

Sólo un hombre víctima de las supersticiones ancestrales y, al parecer, de una infestación satánica podría llegar al punto de torturar y matar a su hija con sadismo.

Matrucco dio orden al verdugo de sacar dos dientes de la boca de Augusta, quizás con la intención no sólo de torturarla, sino también de contaminan su sonrisa blanca y fresca.

Después de varios duros días de cárcel, humillada en sus ropajes nunca más de princesa, mal alimentada y obligada a descansar sobre una piedra fría, Augusta fue llevada otra vez a la presencia de su padre.

Sorprendido por la calma y la conducta casi alegre de su hija, Matrucco intentó de nuevo de halagarla en todas las formas para que desistiera de su fe. Pero todo fue en vano.

Atacado por un nuevo exceso de furia, el rey ordenó el segundo acto de martirio, que él esperaba fuera el último: la hoguera.

Augusta, que despreciaba y rechazaba la religión de sus antepasados, ¿Tal vez no merecía la muerte reservada para los traidores?

Los soldados agarraron a la muchacha y la colocaron, atadas las manos y los pies, sobre un montón de madera y maleza que estaba cerca de las murallas del castillo.

Encendieron la hoguera pero, para sorpresa y asombro de los presentes, Augusta no recibió el menor daño porque el Señor quiso confirmar con un milagro la verdad de la religión que ella abrazó.

La agonía de Cita, que estaba presenciando al tormento de de la criatura que, por diversas razones, fue también la suya, parecía frenar el cruel tormento. No duró mucho tiempo.

Ahora la mente de Matrucco, totalmente nublada, ya no era capaz de razonar y su corazón estaba petrificado. De nada valió el milagro al que había presenciado y que probablemente había atribuido a algún poder mágico.

La tradición nos dice que, afianzándose en su crueldad, el padre natural pensó inmediatamente en imponer a su hija un nuevo y espantoso suplicio.

Mandó preparar una rueda dentada con los dientes de hierro curvo y cortantes.

Luego ordenó que se le atara firmemente el cuerpo de Augusta porque, con el giro de la rueda, sus miembros fuesen arrancados.

Pero Dios intervino con otro milagro.

Cuando los verdugos que ejecutaban las órdenes de Matrucco iban a girar la rueda, un ángel bajó del cielo sobre la montaña, con una luz resplandeciente, con un rostro amenazador y armado con una gran espada; con un solo

espada rompió la máquina infame, entre el asombro y el terror de todos los presentes.

En efecto, sabiendo lo que estaba pasando por encima del Marcantone, mucha gente había acudido allá para asistir y cerciorarse.

Puede bien ser verdad que antes los muchos milagros y frente al heroico comportamiento de Augusta muchos se hubieran convertido al cristianismo.

Tal vez Matrucco, reflexionando sobre esto, sin demora, aceleró la tragedia.

Augusta, totalmente absorta en Dios, ya no vivía en este mundo y estaba ansiosa por llegar al Cielo.

Como Odín - la referencia es de libre interpretación - que había sacrificado a su hija Brunilda, la valquiria, para castigarla por una leve falta, así Matrucco, aferrado a las supersticiones monstruosas de su raza, herido en su orgullo sin límites, ordenó al verdugo que decapitara a Augusta.

Entre la conmoción y el terror de los que estaban presenciando a los acontecimientos, la espada cayó como un relámpago sobre el cuello de la niña, mientras la sangre comenzó a fluir por el suelo.

Después del testimonio tan glorioso el alma de Augusta entró en el Paraíso para recibir la doble corona de la virginidad y del martirio.

Estas palabras que usamos para describir algo tan grande resultan adecuadas, hasta quizás estremecedoras; ¡De hecho no logran expresar las muchas cosas que pensamos y también tienen un leve carácter razonable y un contenido sustancial!

Augusta se hizo la realidad de las palabras del Eclesiástico:

“ Muchos alaban su inteligencia y nunca se olvidará. No se borrará su memoria y su nombre vivirá de generación en generación. (Eclesiástico 39,12-13).

De hecho, a lo largo de los siglos, incontables seguidores exaltarán su martirio y proclamarán sus alabanzas.

TRAGEDIA DE UN PADRE

Dice la tradición que, después del delito, Matrucco cambió su furia en el arrepentimiento amargo y dolor desesperado.

Ganado el orgullo que, habiendo nublando su mente, lo llevó a hacer una atrocidad sin precedentes, iba a todas partes proclamando la inocencia de su hija y nunca dejó de llamarla e venerada por su nombre.

Con la esperanza de aliviar de alguna manera el remordimiento que consumía su corazón ordenó que el cuerpo de Augusta fuese enterrado en una tumba espléndida y en la piedra grabó la historia del martirio.

Así se condenó a sí mismo a la execración para posteridad y perpetuó en los siglos siguientes la memoria de la constancia de su invicta hija.

Matrucco fue en busca de paz y descanso en vano. Hasta que un día los ciudadanos de Serravalle le vieron abandonar el palacio y salir con un grupo de de sus fieles, para regresar a sus países de origen en el norte de Europa.

Ya no podía soportar la vista de esos lugares – por hermosos que fuesen – que habían sido testigos de su crimen horrible.

Si Augusta ganó el Cielo – no cabe duda – con las oraciones fervientes, la infinita misericordia de Dios habrá atrapado bajo su manto al infortunado Matrucco, dándole esa gracia eficaz que, mientras respeta plenamente la libertad humana, sabe hacerse ganar por voluntades más reacias.



Luigi Cillo. Santa Augusta entre Serravalle y Concordia – Estado de Santa Caterina, Brasil. Lienzo al óleo (1999).

LA GLORIA DE AUGUSTA

La tradición es incierta sobre el destino de Cita. Nadie sabe cómo esta mujer tan virtuosa, que permaneció fiel a la promesa hecha a la madre de Augusta, terminó sus días.

Es probable que los últimos años de su vida fuesen un crecimiento continuo en el ejercicio de la caridad y de las prácticas religiosas: hasta que el Señor la llamó.

Fue enterrada junto a Augusta, con la que comparte el título de "Santa" y el altar.

De hecho, Augusta siempre ha sido llamada e venerada como la santa de los ciudadanos de Serravalle y de los peregrinos que durante estos siglos devotamente han ascendido el Monte Marcantone, especialmente en el día que se conmemora su festividad, el 22 de agosto.

Esta es la historia de San Augusta, protectora y gloria de la ilustre Villa de Serravalle.

La brevedad no le haga daño, tal vez aumente su encanto. Así como un sueño emocionante o un espejismo luminoso suscitan maravilla y emoción en el alma.

La vida de la mártir nunca fue olvidada, fue transmitida a lo largo de los siglos, especialmente entre las poblaciones vénetas que han difundido el culto, incluido en el extranjero.

Como hemos sabido recientemente, dos santuarios dedicados a ella fueron construidos por los emigrantes del Véneto, al final del siglo XIX, uno en Brasil (Braco do Norte, Estado de Santa Catarina) y otro en Argentina (Cuchilla Redenda, en la provincia Entre Ríos).

Para finalizar, las generaciones más jóvenes muestran un interés en la mártir de Serravalle también.

¿Cómo no podría ser así? El sacrificio de Augusta es la victoria de los valores perennes del Evangelio por encima de las pasiones y tragedias de este mundo.

Al lado de la gloriosa tumba de la hija de Matrucco parecen hacer eco las palabras del antiguo profeta:

“Exhalen suave fragancia como el incienso y florezcan como el lirio; derramen aroma y entonen un canto, bendigan al Señor por todas sus obras” (Eclesiástico 39,18-19).

Desde lo alto del risco, la antigua iglesia de San Augusta siempre será un símbolo de la fidelidad tan duro como una roca.

Y en este lugar santo muchos corazones apagados vendrán atraídos por la luz de la verdad, fuego de caridad.

Para Serravalle y la Diócesis Santa Augusta es un don de Dios y un signo profético.

VALOR DE UNA LEYENDA

Acabamos de contar, a raíz de la antigua versión tradicional episódica, lo que se conoce sobre la vida de Santa Augusta, de la tradición y de la leyenda.

Si nuestros mayores se han dado a la costumbre medieval de contar historias construidas con conmovidas imágenes poéticas, esto no significa que no tenían la intención de transmitir la memoria de San Augusta como una figura histórica real en sus rasgos y características.

La leyenda, si no una fuente, es una ilustración de la verdad histórica: es una herencia de la cultura.

El culto de Santa Augusta se basa en una tradición milenaria que nunca ha fallado y está confirmada por la existencia del santuario al que, desde siempre, acuden los peregrinos, especialmente el 22 de agosto, día de la fiesta tradicional de la mártir.

Desafortunadamente, las evidencias de los archivos se han perdido, sobre todo como resultado de la destrucción y del saqueo que Serravalle sufrió en el pasado.

Recordemos algunos datos básicos.

En un documento de 1234 es nombrado el "obispo St.e Auguste idest Roncha Bigoncii".

Los Estatutos de Serravalle de 1360 hablan de Santa Augusta.

El 27 de marzo de 1450, durante unas obras en el santuario, se encontraron las reliquias de Santa Augusta.

En 1581 se publicó la primera biografía esencial de la martir, escrita por el célebre estudioso y ciudadano de Serravalle Minuccio Minucci (1551-1604) quien encima fue el arzobispo de Zadar.

En 1630 los ciudadanos Serravalle hicieron un voto a Santa Augusta para conseguir - y lo alcanzaron - la gracia de ser preservados de la peste.

El Santuario, situado en una ubicación idílica, se alcanza por un camino empinado, parcialmente pavimentado, y cruzado a intervalos por varios peldaños.

A lo largo de la ruta se encuentran seis capillas, terminadas de construir en 1642, que, junto a la iglesia de Santa Maria Nova, evocan, incluso en el nombre, las siete principales basílicas de Roma.

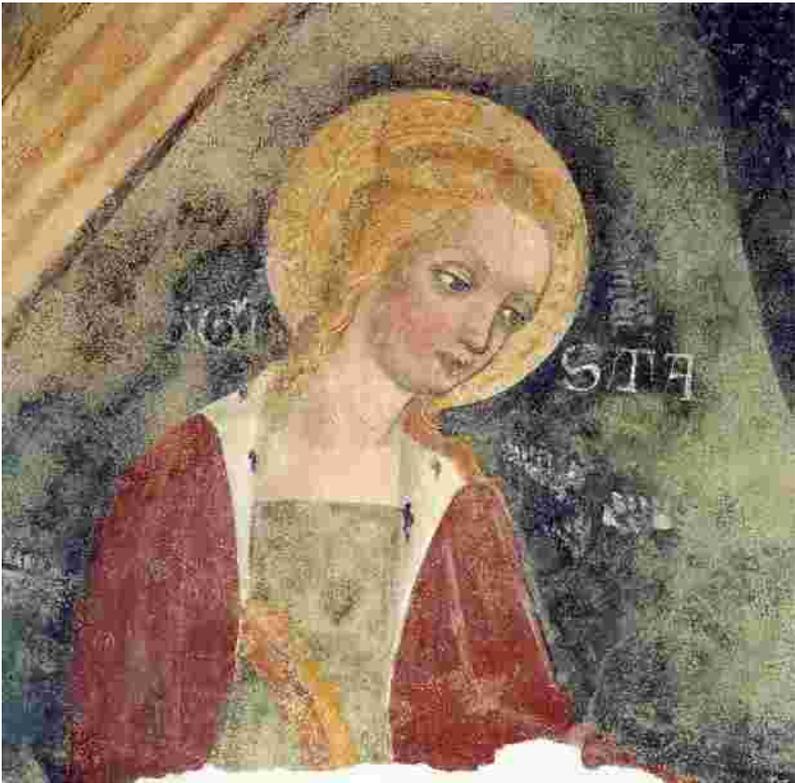
En 1643, la Santa Sede concedió las indulgencias de las siete basílicas romanas también a todos los que hubiesen visitado devotamente susodichas capillas que se encuentran a lo largo de la ascensión al Monte Marcantone.

El raro privilegio sigue estando vigente ya que la "Sacra Paenitentiaría Apostólica" le confirmó in perpetuum, la última vez, por su decreto del 6 de mayo de 1968 a petición del obispo de Vittorio Veneto Albino Luciani.

El 22 de mayo de 1754, a petición del obispo de Ceneda Lorenzo Da Ponte, el Papa Benedicto XIV, con un especial "Decreto" de la Congregación de Ritos, aprobó solemnemente el culto hacia Santa Augusta.

El tan esperado y anhelado "reconocimiento" fue celebrado por los ciudadanos de Serravalle con celebraciones religiosas y cívicas memorables.¹

¹ *Para saber más sobre los orígenes y el desarrollo del culto a nuestra Santa puede consultar: Rino Bechevolo, Santa Augusta Vergine e Martire di Serravalle, Vittorio Veneto (1991).*



Santuario de Santa Augusta, capilla de la mártir: Santa Augusta oyendo a unos fieles que rezan. Fresco del siglo XV (particular)

ORACIÓN A SANTA AUGUSTA

A ti, Santa Augusta, que brillas en el cielo con la gloria doble de la virginidad y del martirio, dirigimos nuestra oración confiados.

A ti, que viviste los años de tu corta vida en la tierra entregándote enteramente a Dios y a la caridad, concédenos que podamos ser, con tu ejemplo, fuertes en la fe, coherentes con el testimonio de vida cristiana, generosos en la apertura de nuestro corazón para acoger a los demás y para dar amor a cada hermano.

Confiamos en tu ayuda para superar las pruebas y sufrimientos, bendice a nuestras familias, parroquias, el seminario diocesano y obtén para la Iglesia nuevas vocaciones al sacerdocio, al diaconado y a la vida consagrada.

Haz que un día podamos contemplar contigo el Padre, Hijo y Espíritu Santo, con todos nuestros queridos, en la patria del cielo. Amén.

Vittorio Veneto, 27 de marzo de 2000

+ Obispo Alfredo

La traduzione è stata curata
dal Sig.r Héctor Alonso Carné e
dalla Sig.ra Rita Bernardi
(Luglio 2010)

